

Mirabeau no es menos importante que Voltaire en la obra general del siglo XVIII. Estos dos hombres tenían misiones parecidas, destruir las cosas viejas y preparar las nuevas. El trabajo del uno ha sido continuo, y, á los ojos de Europa, le ha ocupado durante toda su larga vida. El otro ha salido á escena pocos instantes. Para hacer su trabajo común, el tiempo le ha sido dado á Voltaire por años y á Mirabeau por días. Solamente que el orador lo toma de otro modo que el filósofo. Cada uno ataca la vida del cuerpo social á su manera. Voltaire descompone, Mirabeau aplasta. El procedimiento de Voltaire es, en cierto modo, químico; el de Mirabeau es completamente físico. Después de Voltaire, queda una sociedad en disolución; después de Mirabeau, en polvo. Voltaire es un ácido. Mirabeau es una maza.

VII

Si ahora, para completar el conjunto que hemos ensayado esbozar sobre Mirabeau y su época, volvemos la vista hacia atrás, es fácil ver, en el punto en que se encuentra hoy el movimiento social empezado el 89, que ya no tendremos más hombres como Mirabeau, sin que, por otra parte, nadie pueda precisar de qué forma serán los grandes hombres políticos que nos reserva el porvenir.

Los Mirabeau ya no son necesarios, luego no son posibles.

La Providencia no crea hombres semejantes cuando son inútiles. No lanza al viento semilla como aquélla.

Y, en efecto, ¿de qué podría servir ahora un Mirabeau? Un Mirabeau es un rayo. ¿Qué hay que des-

truir? ¿Dónde están en la región política los objetos colocados demasiado alto para atraer el trueno? No estamos como en 1789, en que en el orden social había cosas desproporcionadas.

Hoy el suelo está casi nivelado; todo es plano, raso, uniforme. Una tempestad como Mirabeau que pasase sobre nosotros no encontraría ningún vértice en que colgarse.

El que no tengamos necesidad de un Mirabeau, no es decir que ya no necesitemos grandes hombres. Muy al contrario. Hay, ciertamente, mucho que trabajar todavía. Todo está deshecho, nada está rehecho.

En los momentos como el en que nos encontramos, el partido del porvenir se divide en dos clases: los hombres de revolución, los hombres de progreso. Los hombres de revolución son los que destrozan la vieja tierra política, abren el surco, echan la simiente; pero su tiempo es corto. A los hombres de progreso les corresponde el lento y laborioso cultivo de los principios, el estudio de las estaciones propias para el injerto de tal ó cual idea, el trabajo al día, el riego de la planta tierna, el abono del suelo, la recolección para todos. Van encorvados y pacientes en el campo público, bajo el sol ó bajo la lluvia, quitando las piedras de esta tierra cubierta de ruinas, extirpando los renuevos del pasado que todavía brotan en alguna parte, desarraigando los troncos muertos del antiguo régimen, cortando los abusos, esta mala hierba que crece tan aprisa en todas las lagunas de la ley. Necesitan buen ojo, buen pie y buena mano. ¡Dignos y concienzudos trabajadores, con frecuencia mal pagados!

Por consiguiente, según nosotros, los hombres de la revolución han acabado su tarea. Recientemente, todavía han tenido tres días de siembra en julio.

Ahora que dejen hacer á los hombres de progreso. Después del surco la espiga.

Mirabeau era un grande hombre de revolución. Ahora necesitamos el grande hombre del progreso.

Lo tendremos. Francia tiene una iniciativa demasiado importante en la civilización del globo, para que nunca le hagan falta los hombres especiales. Francia es la madre majestuosa de todas las ideas que hoy están en misión en todos los pueblos. Puede decirse que Francia, desde hace dos siglos, nutre al mundo con la leche de sus pechos. La gran nación tiene la sangre generosa y rica, y las entrañas fecundas; es inagotable en genios; saca de su seno todas las grandes inteligencias que necesita; siempre tiene hombres de la medida de sus acontecimientos, y cuando llega la ocasión no le faltan Mirabeaus para empezar las revoluciones, ni Napoleones para acabarlas.

La Providencia no le rehusará, ciertamente, el grande hombre social, ni siquiera el político, que necesita para el porvenir.

Esperando que venga, indudablemente, los hombres que hacen historia, con contadas excepciones, son pequeños por el momento; es triste, sin duda, que á los grandes cuerpos del Estado les falten ideas generales y grandes simpatías; aflige, sin duda, que se emplee, embadurnando, el tiempo que habría que consagrar á las construcciones; indudablemente es extraño que se olvide que la verdadera soberanía es la de la inteligencia, que es preciso, ante todo, ilustrar á las masas, y que, cuando el pueblo será inteligente, solamente entonces será soberano; sin duda es vergonzoso que las magníficas premisas del 89 hayan traído ciertos corolarios, como una cabeza de sirena trae una cola de pescado, y que esas gentes que todo lo estropean, hayan puesto pobremente tantas leyes

de yeso sobre ideas de granito; es deplorable, sin duda, que la revolución francesa haya tenido tan inhábiles comadrones. Pero todavía no se ha hecho nada irreparable; no se ha ahogado ningún principio esencial en el parto revolucionario; no ha tenido lugar ningún aborto; todas las ideas que importan á la futura civilización, han nacido con condiciones de vida, y cada día adquieren fuerza, corpulencia y salud. Es cierto que cuando llegó 1814, todas esas ideas hijas de la revolución, todavía eran muy jóvenes y muy pequeñas, y estaban completamente en la cuna; y hay que convenir en que la restauración ha sido para ellas una pobre y mala nodriza. Sin embargo, hay que convenir también en que no ha matado ninguna. El grupo de los principios es completo.

En la hora presente, toda crítica es posible; pero el hombre prudente debe tener una mirada benévola para la época entera. Debe esperar y confiar. Debe tener en cuenta á los hombres teóricos la lentitud con que crecen las ideas; á los hombres prácticos, ese estrecho y útil amor de las cosas existentes, sin el cual la sociedad se desorganizaría en las experiencias sucesivas; á las pasiones, sus digresiones generosas y fecundantes; á los intereses, sus cálculos que enlazan las clases entre sí, en defecto de creencias; á los gobiernos, sus tanteos hacia el bien en la sombra; á las oposiciones, el aguijón que tienen incesantemente en el puño y que hace trazar el surco al buey; á los partidos intermedios, las suavidades que aportan á las transiciones; á los partidos extremos, la actividad que imprimen á la circulación de las ideas, que son la sangre misma de la civilización; á los amigos del pasado, el cuidado que tienen de algunas raíces vivaces; á los celosos del porvenir, su amor por esas hermosas flores que un día serán hermosos frutos; á los hombres maduros, su moderación; á los jóvenes, su

paciencia; á éstos, lo que hacen; á aquéllos, lo que quieren hacer; á todos, la dificultad en todo.

No negaremos, por otra parte, todo lo que tiene la época en que vivimos de tempestuoso y turbio. La mayor parte de los hombres que hacen algo en el Estado no saben lo que hacen. Trabajan por la noche sin ver. Mañana, con la luz del día, tal vez estarán sorprendidos de su obra. Encantados ó espantados, ¿quién sabe? Ya no hay nada cierto en la ciencia política; todas las brújulas están perdidas; la sociedad rompe sus amarras; desde hace veinte años se le ha cambiado tres veces ese gran mástil que se llama *dinastía*, y que es siempre el primero destruído por el rayo.

Todavía no se revela la ley definitiva de nada. El gobierno, tal como es, no es ninguna afirmación; la prensa, tan grande y tan útil, es una continua negación de todo. Todavía no se ha redactado ninguna fórmula neta de civilización y de progreso.

La revolución francesa ha abierto un libro inmenso para todas las teorías sociales, una especie de gran testamento. Mirabeau ha escrito en él su palabra, Robespierre la suya, Napoleón la suya. Luis XVIII ha hecho una raspadura. Carlos X ha roto la página. La cámara del 7 de agosto casi la ha vuelto á pegar; pero eso es todo. El libro está ahí, la pluma está ahí. ¿Quién osará escribir?

Los hombres actuales, sin duda, parecen poca cosa; sin embargo, el que piense, debe fijar atentamente su vista en la ebullición social.

Nosotros tenemos, ciertamente, firme confianza y esperanza.

¿Quién no siente que en este tumulto y en esta tempestad, en medio de este combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones que producen tanto humo y tanto polvo, bajo este velo que todavía im-

pide la vista de la estatua social y providencial apenas esbozada, detrás de esta nube de teorías, de pasiones, de quimeras que se cruzan, que chocan y se devoran entre sí en esa especie de neblina que rasgan con sus relámpagos, á través del ruido de la palabra humana que habla á la vez todos los idiomas con todas las bocas, bajo este torbellino violento de cosas, de hombres y de ideas, que se llama el siglo XIX, se realiza algo grande?

Dios permanece tranquilo y lleva á cabo su obra.